

CAPÍTULO I
EDUCACIÓN SENTIMENTAL
Y OTROS DESAFUEROS (1850-1936)

oh generazione sfortunata, e tu obbedisti disobbedendo!
Era quel mondo a chiedere ai suoi nuovi figli di aiutarlo
a contraddirsi, per continuare;
vi troverete vecchi senza l'amore per i libri e la vita:
perfetti abitanti di quel mondo rinnovato
attraverso le sue reazioni e repressioni, sì, sì, è vero

PIER PAOLO PASOLINI
«La poesia della tradizione»

¿Valdría decir, de entrada y recordando un célebre prólogo de Joan Fuster (1971, 7), que la literatura —cualesquiera de sus géneros, viejos o nuevos, según la caducidad del filólogo en cuestión— es una «cosa» importante? Que la “literatura no ha existido siempre” (Rodríguez, 1974) es un axioma tan evidente que parece escaparse a nuestra percepción cuando hojeamos un folleto cualquiera o nos dejamos engañar por algún librero de viejo. (Así la literatura como ¡tantas otras cosas!, pensará el buen observador que siempre hay entre los lectores). En todo caso, la problemática de esta «cosa» —que bien podríamos pasar a llamar objeto, obviando la ironía de Fuster y ciñéndonos al rigor, de voz engolada y corbata recta, del teórico semiótico— estriba en el horizonte ideológico que la produce, así como en la manera de *naturalizar* sus condiciones de producción según nuestra práctica ideológica diaria.

Dejando al margen, por un momento, estas disquisiciones posestructuralistas, y que Marx nos perdone, conviene preguntarse qué representa la literatura —y en concreto la poesía, pues centrará el tema de las páginas que siguen— en la sociedad actual. O yendo un paso más allá, y cerrando el círculo de nuestro trasunto, ¿se puede observar una distancia, sin caer en el error de la praxis kantiana, entre la forma y el fondo de la literatura de posguerra y aquella que llega hasta nuestros días? Huelga decir que este interrogante esconde un ardid que por muy pretendido que sea, casi retórico diríamos, no deja de ser un ardid, al fin y al cabo. En primer lugar, afrontar el siguiente cuestionamiento supone pasar por alto ese «continuum en suspense» al que, de alguna manera, se refiere Benjamin

cuando anda a vueltas con el concepto de historia y materialismo histórico. Y, en consecuencia, también supone ignorar esas dos ilusorias fracturas, como veremos más adelante, sobre las que se ha reconstruido la historiografía literaria española del pasado siglo: hacemos referencia, claro está, a las supuestas inflexiones de la guerra civil española (1936-1939) y la denominada transición democrática (1975-1978). Por lo tanto, mientras nos obstinamos en enseñar a los niños nuevas maneras de odiar la literatura (Rodari, 2003) con tanto departamento estanco, contexto, *descontexto* y no sé qué conglomerado generacional, asumimos como propios y (quizá todavía peor) certeros algunos maximalismos —tanto estéticos como historiográficos— que nos conducen a pensar en el compromiso como una «escuela» separada de la pureza o en los manoseados nueve novísimos poetas, *turbas infames* aparte y casi ya caídos del pedestal mercadotécnico, como un islote *kitsch* y ahistórico.

Pero vayamos, sin embargo, de las musas al teatro y tomemos como iniciales unas palabras del ilustre alicantino Germán Bernácer Tormo (1883-1965) que nos ayudarán a descender a la coyuntura histórica que nos ocupa: la alta posguerra española. En el año 1943, justo en el nódulo central de los años que vamos a tratar a lo largo de este trabajo (1940-1944), el economista y físico alicantino imparte la conferencia “La estabilidad monetaria” en la sede del Instituto de Actuarios Españoles, en Madrid. En un momento de su intervención, más bien hacia el final y después de virar su discurso de la estabilidad al ámbito monetario, Bernácer Tormo (1943, 22) realiza una declaración que, cuando menos,

llama poderosamente la atención: “La cultura es inmateral; pero, ¿qué sería de la cultura sin bibliotecas, sin universidades, sin profesores, sin hombres de ciencia, sin artistas, literatos y poetas?”. Si nos mantenemos al margen de su primera afirmación, (¿acaso no hay objeto más material que la fuerza de trabajo que se deduce de la producción cultural?), veremos que la situación planteada tiene mucha más miga de lo que a primera vista parece.

El intelectual alicantino, por entonces Catedrático de la Escuela Central de Altos Estudios Mercantiles y Jefe del Servicio de Estudios del Banco de España, rompe una lanza, o aparentemente eso parece, en favor del *valor* de la cultura. Desde su punto de vista, considera que las «ideas» de cultura y civilización tienen una “base económica” que le llevan a ensalzar una mínima “verdad” en el materialismo histórico: “la Economía es la base de la Mecánica social” (Bernácer, 1943, 22). Aunque dicho sea de paso tal afirmación se encuentra arropada por una pronta justificación: “no soy un materialista histórico ni de ninguna clase; he combatido esta doctrina” y “por errónea que una teoría sea, contiene siempre algún adarme de verdad”. De cualquier modo, estamos hablando de los primeros años de la posguerra, quizá, los más cruentos en cuanto a la represión y el hambre se refieren. Son los años de la «vuelta al imperio», los campos de concentración, ajusticiamientos y persecuciones.

No en vano, conviene destacar la valentía *keynesiana* de Bernácer Tormo, casi un verdadero auto de fe y anuncio de las nuevas formas del capitalismo franquista. El caso de la cultura puede ser un buen ejemplo, ya

que mientras algunos de los máximos representantes del arte español sufren una desnaturalización, cuando no una crisis de identidad en el exilio (Valero Gómez, 2016a, 86), unos pocos (con mayor convencimiento y regocijo que otros muchos), aquellos que continúan entre las fronteras de su patria ahogada por la sangre vertida, luchan por salir a flote ante el refloreamiento fascista, a medio camino entre San Juan de la Cruz, el Siglo de Oro y Felipe II. Este regreso a la tradición (Rodríguez Puértolas, 1986, 420) o, al menos, (re)construcción de la *esencialidad* de la identidad nacional sufre un viraje decisivo, precisamente, durante los meses en los que Germán Bernácer pronuncia estas sintomáticas palabras. De hecho, llama la atención cómo se dirige a un auditorio conformado por una élite, los actuarios españoles, con incidencia directa en la economía de un país.

De tal manera que Bernácer, cuyo prestigio internacional despegó en los años cuarenta pese a que los manuales insistan en un “enfriamiento oficial” hacia su persona, pone sobre la mesa elementos que, de buen seguro, hoy nos suenan familiares: tales como bienestar, estabilidad y progreso. No resulta casual que comiencen a proliferar estas hipótesis económicas justo en ese momento en el que se desvanecen las más altas aspiraciones fascistas de Franco, aquellas de levantar un imperio capaz de autoabastecerse sobre las cenizas de una guerra. Pensemos que la política económica durante la alta posguerra se centra, exclusivamente, en una autarquía basada en el intervencionismo y una situación bélica. Desde luego, existe una gran distancia entre la conferencia de Bernácer Tormo y el día a día de

una población habituada a la miseria y el estraperlo,¹ mientras la Iglesia y el Ejército presionan para regresar del Eje a la neutralidad. Ciertamente, recorre un escalofrío por la espalda si, yendo un paso más allá, caemos en la cuenta de que los conceptos aludidos (bienestar, estabilidad y progreso) más aquellas *verdades eternas* (Marx, 2004, 47-48) intrínsecas a la «realidad» occidental (libertad, razón, democracia) han sido las grandes *conquistas* de las naciones europeas, así como los anhelos inquebrantables de nuestro sistema político actual: un “derecho” firmado de antemano en nuestro “contrato social”, garantías *sine quibus non* de nuestra «condición» de ciudadanos-libres.

¿Quiere decir esto, al hilo de las reflexiones planteadas, que el corpus capitalista del franquismo es el mismo que el actual? No, obviamente. Pero si no suponen un resultado, cuando menos, tienen mucho que decir la supervisión estadounidense, la voracidad neoliberal, la llamada transición democrática y esa cortina de humo que conocemos como posmodernidad. Y en cuanto a Germán Bernáncer, volviendo al ardid que habíamos dejado abierto, ¿cómo debe leerse su referencia a la cultura como basamento “inmaterial” de la sociedad? Pues, primeramente, debe leerse tenien-

1 “De este modo, el abastecimiento en Alicante era algo de muy difícil solución. Los estraperlistas iniciaron su nefasto comercio en detrimento del pueblo liso y llano. [...] Numerosos alicantinos se trasladaban a la Vega Baja del Segura o a La Marina, en busca de arroz, patatas, alubias, lentejas, garbanzos, etc. [sic] que, con un poco de suerte y si podían burlar vigilancias, les produciría un respiro en la base alimentaria familiar. Aunque los agentes de la Fiscalía de Tasas, casi siempre andaban con ojo avizor, en busca de la presa. Los expedientes se amontonaban en San Fernando 29, donde se hallaba el organismo en cuestión, y a veces el compadreo y la amistad, evitaban multas que las víctimas no hubieran podido pagar” (Chipont y Chipont, 1984, 20).

do presente toda la violencia que posee el concepto de cultura como Idea-Fuerza y según su “funcionamiento ideológico-político” a la hora de identificar determinados grupos sociales con su propia cultura (Bueno, 1996, 27-28). Porque, en segundo lugar, esa *fauna* de los intelectuales, como tanto gusta decir Joan Fuster (1994, 40), “no surgen –según palabras de Marx– de la tierra como los champiñones”. (Del mismo modo, hemos dicho al principio de nuestras palabras, recordando al profesor Juan Carlos Rodríguez, que la literatura no ha existido siempre). En consecuencia, esta *fauna* de los intelectuales o sencillamente *funcionarios*, como así hubiera querido Gramsci (1977, 28-29), son los “fabricantes de la historia” (Marx y Engels, 1977, 49) en tanto en cuanto legitiman las ideas de una clase dominante, heredándolas como categorías intelectuales preexistentes, que poseen los medios de producción material y espiritual. O recurriendo a una imagen que recoge con toda crudeza el inconsciente ideológico que dicta nuestra *vida* diaria: *una mano invisible nos reescribe en la Historia* (Valero Gómez, 2016a, 261-267), y perdón por la mayúscula.

Aquí radica, al menos así pensamos, la lectura «desde la explotación» que puede llevarse a cabo de la pregunta abierta que hemos planteado, así como de las palabras de Bernácer. Porque cuando el economista alicantino concede “algún adarme de verdad” al materialismo histórico no hace más que *naturalizar* (desde el lado contrario de la explotación, valdría decir) la división del trabajo que puntualiza Marx:² y de ahí

2 Julia Kristeva (1978, 44-45) define a la perfección cómo Karl Marx da una vuelta de tuerca al gran tema de la producción cultural dejando de lado un sentido humanista del arte: “La gran novedad de la economía marxista consistía, se ha subrayado en varias ocasiones, en pensar

que la “mecánica social” de la que habla no sea más que salvaguardar la explotación de unos pocos sobre otros muchos. Así, que la economía sea “un hecho que penetra toda la vida social” porque “es lo primero que necesitamos arreglar y asentar sólidamente” (Bernácer, 1943, 22-23) refuerza la *esencialidad* (allí donde se albergan las verdades eternas que hemos citado) de la idea de cultura que ha llegado hasta nosotros. Y aquí el «continuum en suspense» al que aludíamos como las supuestas «fracturas» mediante las cuales hemos leído —y aprendido— la literatura española contemporánea.

Sin embargo, si afrontamos el lado más visible —tanto de la conferencia como de nuestro ardid— observaremos que las condiciones de la producción literaria, de la alta posguerra (1940-1944) hasta nuestros días, han variado sustanciosamente. Así se explican, de alguna manera, la miopía crítica y el aceleramiento historiográfico (Valero Gómez, 2016b, 12-16) que se ha producido en la literatura española desde los años setenta de la centuria pasada, a partir de la patente de curso de la mercadotecnia (publicidad, *mass media*, catálogos, antologías, etc.). De ahí, por ejemplo, que aún siga vigente un texto como “De la publicidad como fuente historiográfica: la generación poética española de 1970” (Talens, 1995), fundamental para comprender la trastienda literaria de este país. Pero, dejando a un lado el gallinero contemporáneo (Maqua, 1979), mere-

lo social como un *modo de producción* específico. El trabajo deja de ser una *subjetividad* o una *esencia* del hombre: Marx sustituye el concepto de «un sobrenatural poder de creación» por el de la «producción» vista bajo su doble aspecto: proceso de trabajo y relaciones sociales de producción cuyos elementos participan en una combinatoria de lógica particular?”

ce la pena —a la hora de plantear la poesía de nuestro país durante los años cuarenta— tener en cuenta la censura, la dificultad de publicar, la importancia del asociacionismo (tertulias de café y privadas) y las revistas literarias. Es decir, no deja de resultar complejo alejarnos de la representatividad que hoy supone, para el «mundo-libre», el objeto Cultura.³

Y esta apreciación, por mucho que parezca fuera de lugar, sitúa —al menos— la tarea del investigador a la hora de *escribir* historia por su cuenta: con unas dificultades evidentes y las cartas ya marcadas. No será menor el esfuerzo de sortear los intereses creados en torno a los trasuntos políticos e historiográficos —cada cual arrima el ascua a su sardina, como podrá verse e imaginarse⁴—, así como adentrarse en los pormenores

3 “La idea de Cultura ha pasado a formar parte, en la España de los noventa, del conjunto de las cuatro o cinco ideas claves que constituyen su cúpula ideológica (no sólo en España: también en otros países, sobre todo en los europeos). Incluso cabe afirmar, apoyados en ciertas encuestas, que, en una escala de prestigio, la Idea de Cultura ha sobrepasado el puesto que ocupaban hasta hace poco las Ideas de Libertad, de Riqueza, de Igualdad, de Democracia o de Felicidad” (Bueno, 1996, 11).

4 Resulta difícil no esbozar una sonrisa, a medio camino entre la pesadumbre y la admiración por su lucidez, cada vez que se lee aquel aforismo deslumbrante de Joan Fuster: “Escriure –fer literatura– és tot això que vostès diuen, i de més a més, una forma de venjança.” Pero más allá de las luchas de poder propias de ese proceso de individuación del yo que conocemos como Literatura, nos interesa esa «forma de venganza» dirigida contra la Literatura misma, contra los tortuosos caminos de la historiografía y sus redes escolásticas (allí donde el lector puede imaginarse: en los suplementos literarios, antologías y departamentos universitarios) ávidas por etiquetar, clasificar y dejar plasmadas sus sentencias con la más indeleble de las tintas, aquella mediante la que *escribe* historia el positivismo. Y al mismo tiempo, aunque inusuales, merece la pena mencionar algunos ejemplos «clásicos» a la hora de ejemplificar la *conciencia historiográfica* como recurso literario: el amor como venganza historiográfica (Ernesto Cardenal y su Claudia en *Epigramas*), el homenaje y ditirambo gracias a la ironía escolástica (Vladimir Maiakovski y su poema dedicado al ciento veinticinco ani-

personales y silencios impuestos. ¿O no es perceptible la distancia existente entre las nuevas herramientas del canon (antologías, internet, premios literarios y publicidad) frente a la crudeza de la primerísima posguerra (testimonios, epistolarios y ejemplares de revistas que, actualmente, se encuentran tan descatalogadas como perdidas)? Desde luego, y por recurrir a una sugerente imagen sobre el género lírico en el momento actual (Valero Gómez, 2016b), el ajedrez estaba tan asolado como puede estarlo ahora. Aunque como hemos visto sucintamente, son otros los matices que han arrasado esa *dulce mentira* que conocemos como poesía: desde los límites del neoclasicismo cristiano hasta el deseo inalcanzable de ver publicados los textos propios, ya sea mediante una revista literaria o una colección de poemas.

I. CULTURA INMATERIAL Y COEXISTENCIA GENERACIONAL: A PROPÓSITO DE LOS “AMIGOS-HERMANOS” (1850-1930)

Y podrá entenderse, así esperamos, que las dificultades de la bohemia provinciana no se atenían simplemente a la idea de alcanzar fama y éxito: las aspiraciones historiográficas, en aquel momento y hasta fechas cercanas a la coyuntura finisecular, eran un sueño muy lejano y eclipsado por las fronteras municipales. Como es sabido, la estructura que armaba los aparatos ideológicos de la literatura consistía en copar las instituciones y medios de comunicación, llegar a Madrid

versario del nacimiento de Pushkin) y el cuestionamiento del sujeto poético mediante el señuelo de la autobiografía y la *ficcionalidad* (el célebre “Contra Jaime Gil de Biedma”).